

mano, fué investido de la soberanía del globo. *La Tierra, pues, fué creada para el hombre, la materia para la vida, y do quiera que veamos otra Tierra, estamos obligados á convenir que fué, como la nuestra, creada para la raza intelectual é inmortal.* (1).

En vista, pues, de todo esto, no nos queda otro remedio que ó cerrar los ojos á los raudales de luz que sobre la habitación de los astros derrama la ciencia ó proclamar en alta voz la verdad de nuestra tesis.

---

(1) *More Worlds, etc.*, ó sea, *Hay más de un mundo*: esta es la creencia del filósofo y la esperanza del cristiano, cap. XII.

## CAPÍTULO XIII

### LA RAZÓN

Así los argumentos basados en la Sagrada Escritura como los basados en la ciencia pueden reducirse á otros tantos argumentos de razón. Sin embargo, en este capítulo vamos á probar la habitación de los astros por medio de los resplandores directos que sobre nuestra tesis derrama esa antorcha que Dios ha colocado en nuestra inteligencia.

¿Qué nos dice la razón? Que los astros están habitados. Veámoslo.

Todos estamos convencidos de que la vida en este mundo es muy miserable y dolorosa. Esto lo repetimos á cada paso y en todos los tonos; y esto confirman con el ejemplo tantos desgraciados que, cansados de vivir, faltando á las leyes divinas y humanas, cometen el pecado de suicidio. Estamos obligados á mendi-

gar nuestro sustento á los despojos de otros seres, y no podemos vivir sino á condición de destruir las plantas y de matar á los animales. De modo que la *ley de vida* que preside á la existencia de los habitantes de nuestro globo, ley de la cual depende la perpetuidad de los seres sobre la faz de la Tierra, debe llamarse más bien *ley de muerte*. Ahora bien, ¿quién creará que esta ley sea necesaria, y que esté en el orden absoluto que no se pueda vivir sin víctimas? ¿quién pensará que en todos los mundos el hombre esté obligado á matar y devorar para sostener su existencia? Nadie que discurra un poco, porque puede muy bien suponerse que ciertos cuerpos están constituidos de tal modo que su organismo íntimo lleve en sí las condiciones de una larga vida; como puede también suponerse la existencia de ciertas atmósferas sustanciosas, atmósferas compuestas de elementos nutritivos que sean asimilados por cuerpos organizados de un modo correlativo al estado de estas mismas atmósferas,

en las que la sola respiración sea suficiente para alimentar al aparato humano todo entero, convenientemente modificado y preparado. Ya Homero, celebrando la vigilante ternura de Venus hacia su hijo Eneas, había apuntado estas ideas cuando decía: "Un vapor etéreo corre por el seno de los dioses afortunados; no se nutren de los frutos de la Tierra, y no beben vino para saciar su sed," (1). Pero estas ventajas de la alimentación, á las que no podremos jamás llegar por más que perfeccionemos nuestras costumbres, porque estamos atados con fuertes lazos á las exigencias de nuestro modo de ser y á la constitución de nuestro planeta, son sin duda alguna un hecho en otros globos más perfectos; porque en muchos de ellos la organización física de sus habitantes difiere en gran manera de la nuestra, por exigirlo así la gran diferencia de temperatura y la mayor ó menor densidad de la atmósfera de ca-

(1) *Iliada*, canto V, versos 341 y 342.

da globo. Y, en efecto, ¿qué fuera de nosotros en el calor tórrido de algunos astros, que nos abrumaría instantáneamente, y en el frío de otros, que helaría la sangre en nuestras venas? ¿Cómo obraría el mecanismo de nuestros pulmones en una atmósfera cien veces más densa que la nuestra ó en un centro cien veces más enrarecido? Luego si sus habitantes deben tener los pulmones diferentes de los nuestros, su caja torácica debe variar también y con ella la forma de todo el cuerpo. ¿Para qué servirían nuestros dientes, nuestro aparato de nutrición y todos los órganos que sirven para nuestra alimentación diaria en los mundos en que las funciones vitales no ofrecieran ningún carácter común con las nuestras? Pues, variado el aparato digestivo, el resto de nuestro cuerpo cambia á un mismo tiempo. Nuestros ojos están contruidos para distinguir los objetos cercanos, con los cuales estamos en relación perpetua; ¿para qué servirían esos ojos donde nuestro trabajo no se ejerciera sobre esta

clase de objetos, donde hubiéramos de viajar por las planicies aéreas ó bajo las olas de un océano? Aquí, los hombres tenemos cinco sentidos que bastan á nuestras necesidades de percepción; otros seres no tienen sino cuatro; otros no tienen más que tres, dos ó están totalmente desprovistos de ellos. Es, pues, muy posible que en otros mundos haya habitantes dotados de seis ó más sentidos, por medio de algunos de los cuales estén en comunicación íntima con ciertas propiedades de la naturaleza que á nosotros nos son completamente desconocidas.

Todas estas ideas que nos sugiere nuestro entendimiento respecto á otros mundos vienen á estar basadas en aquello que vemos continuamente, á saber: que ningún objeto nace aislado, y menos único en su especie. De esto dedujeron los antiguos filósofos la pluralidad de mundos, por lo cual exclamaba enérgicamente Metrodoro "que sería tan absurdo creer que no hubiese más que un solo mundo en el espacio infinito como

que naciese una sola espiga de trigo en un extenso campo,, (1). Añade Plutarco, que no existiendo en la naturaleza cosa alguna que no tenga una noción común genérica y diferencias específicas, en el mero hecho de existir el mundo se comprende que no es único, sino que tiene algo por lo que conviene y algo por lo que se diferencia de otros. Más todavía: al paso que no hay objeto único, se observa que existen muchas especies distintas entre sí. Lo que sucede en la Tierra en pequeño debe suceder en mayor escala en todo el Universo, y podemos suponer que los planetas y los astros son otros tantos tipos de creaciones vivientes, otras tantas especies de la vida universal. El poder creador es infinito, su inteligencia infinita también, y hemos de creer que no se encierran en la Tierra todos los tipos de sus criaturas. Mas por lo que hace al hombre, que es la criatura más noble, ¿no había de haber más que una sola especie de seres compues-

(1) Plutarco, *De placitis philosoph.*, lib. I, cap. V.

tos de un cuerpo organizado y una alma racional? Hay muchas especies de animales y muchas especies entre los ángeles (1), ¿y la sustancia media había de ser única? En verdad, era conveniente que sólo hubiese una especie sobre la Tierra, para que pudiera realizar sus fines con unidad y fraternidad, pues las especies afines tienden á devorarse ó á absorberse unas á otras. Pero era también muy conveniente que haya otras humanidades en otros mundos, para que conozcan y glorifiquen al Criador. Todas estas humanidades forman una grande armonía de inteligencias, que enlazan á los mundos en el orden espiritual como están enlazados en el orden físico. De este modo la creación se nos presenta más majestuosa y más digna de la grandeza de su autor. Tenemos motivos para creer que es así, pues no es verosímil que todas las maravillas de la creación sideral carezcan de espectadores que las contemplen y admiren su mag-

(1) Según Santo Tomás, hay tantas especies como individuos. *Summa Theol.*, I p. quæst., 50, art. 4.º

nificencia. Nuestro sol y todo su sistema no es único en el Universo; es una de tantas estrellas que tachonan el firmamento. Por encima de nuestras cabezas ruedan millones de refulgentes soles, centros de otros tantos sistemas de mundos, predicando el poder y la majestad del Creador. La mano de Dios ha sembrado el espacio de globos gigantes, con tanta abundancia como las arenas sobre las orillas del mar. El hombre no puede llegar á contemplarlos, aunque viviera eternidades y aunque perfeccionara hasta un grado increíble sus instrumentos. Por consiguiente, si el hombre fuera la única criatura racional, casi toda la creación estaría eternamente desconocida, y no se explica la creación no habiendo criaturas inteligentes para admirarla. Dice muy bien Flammarión á este propósito: "Juzgar de la creación universal por la Tierra, es querer juzgar de un coro de Palestrina por una fuga ó por algunas notas perdidas al acaso entre la onda musical; es querer juzgar de un cuadro de Ra-

fael por un matiz sobre el pie de una *Fornarina*; es querer juzgar de la *Divina Comedia* del Dante por un grupo en uno de los círculos del Infierno," (1).

De todas estas consideraciones sacamos:

1.º Que la raza humana es muy miserable; luego, como que *natura non facit saltum*, debemos concebir humanidades intermedias entre nosotros, despreciables criaturas, y los ángeles, espíritus nobilísimos, los cuales no es fácil que constituyan creación inmediata superior.

2.º Que nuestro organismo no es más que relativamente perfecto; luego hay que admitir otros organismos más perfectos y completos en otros mundos, según nos lo enseña la ley de *gradación universal*.

3.º Que existe un género humano; luego han de darse sus diferencias específicas, como nos lo enseña la naturaleza. Ahora bien, estas diferencias especí-

(1) Flammarión, *La Pluralidad de Mundos habitados*, lib. V, núm. II.

ficas no se hallan en este nuestro globo; luego deben hallarse en otros.

4.º La creación debe redundar en gloria externa de Dios, la cual gloria sólo puede ofrecerle la criatura racional. Es así que una gran parte de la creación no es conocida ni sabida, ni puede ser sabida ó conocida por la criatura racional que llamamos *hombre*; luego es necesario admitir otras criaturas racionales en otros puntos de la creación.

Además de lo dicho, partiendo del principio de que Dios nada hace en vano en la naturaleza, y que en todas partes resplandece la perfección y la sabiduría, así como también la unidad, el orden y la proporción, y conociendo la importancia real de todos los planetas, es inexplicable que la Tierra sea el único entre todos los cuerpos celestes que esté habitado. En el orden y en la sabiduría de Dios entra que, siendo todos los planetas habitables, no dejen de tener habitación. De lo contrario, la Tierra tendría un privilegio único, sin saber en

qué fundarlo, siendo así que no tiene distinción alguna ni mejores condiciones que los otros; privilegio que la haría el planeta más importante del Universo, cuando en realidad es de los más insignificantes; y si se compara á los innumerables astros que pueblan los cielos, es un átomo perdido en la inmensidad. Pero no sólo no tiene la Tierra distinción alguna ni mejores condiciones de habitabilidad *absoluta* que los otros astros, sino que la mayoría de éstos las tienen inmensamente mejores que ella, hasta para el tipo humano reproducido en ellos. En efecto, ¿cuál es la causa más poderosa de la deficiencia de nuestras fuerzas vitales? Todos sabemos que esta causa es la muy frecuente repetición de los actos de la vida y la demasiada desigualdad de los períodos que ésta atraviesa; de modo que cuanta mayor duración y semejanza tienen las estaciones y los años, más condiciones favorables encuentran los organismos vivientes á la prolongación de su existencia. Pues bien, bajo este punto de vista, la Tierra no

goza de las mismas ventajas que ciertos planetas, y por consiguiente está muy lejos de ser el mundo más favorablemente constituido para la existencia humana. Esto se prueba fácilmente, pues es sabido que la *inclinación* de los ejes de rotación de las esferas celestes sobre el plano de sus órbitas respectivas es la causa astronómica de la diferencia de las estaciones, de los climas y de los días. Si el eje de rotación estuviese perpendicular á este plano, no extendiéndose la zona tórrida más allá del ecuador y estando la zona glacial circunscrita á los polos, los efectos del calor y de la luz disminuirían insensiblemente desde el círculo ecuatorial hasta los círculos polares, lo que daría un clima templado y habitable á todas las regiones del astro. Una misma estación reinaría perpetuamente sobre toda la superficie del globo, y una temperatura especial y permanente fuera aneja á cada latitud. Se puede juzgar por ahí de la fertilidad de un planeta favorecido de tal suerte; de la facilidad con que las más ricas producciones se

desarrollarían en su superficie, y de la influencia favorable de semejante residencia sobre la doble vida material é intelectual de los hombres. En fin, una repartición siempre igual entre la duración del día y de la noche acabaría de dotar á este mundo de las ventajas más preciosas para la prosperidad, el bienestar y la longevidad de sus habitantes. Si el eje de rotación estuviese tendido sobre el plano de la órbita y coincidiese con él, se ve de igual modo que la zona templada, que en la posición precedente se extendía sobre la superficie entera del planeta, desaparece completamente en el caso actual. El Sol pasaría sucesivamente al zenit de todos los puntos del globo, al cual daría las más desiguales estaciones y los días más desiguales, y esparciría alternativamente en cada hemisferio una luz continua y tinieblas permanentes, un calor tórrido y un frío glacial. Cada país, en el transcurso del año, estaría expuesto á su vez á esas alternativas intolerables, y sólo concedería en suerte á sus habitantes las más